

ESA MUJER

Aquel mediodía de julio, en el mismo momento en que una bota derribó su puerta para desalojar la casa, un ronco disparo de escopeta atronó el desván. Ella salió gritando a la calle, vistiendo su viejo mandil de cuadros y dejando dos platos vacíos sobre la mesa y el puchero en los últimos hervores. Desde aquel día esa mujer viste de negro y vive sola. Habla poco, dicen.

Y dicen que algunas noches, cuando hay luna llena, carga su viejo balde de latón con ropa y sale de la casa buscando el río donde lavaba cuando era joven. Marcha camino abajo hasta que sus pies tropiezan con la inmensidad del agua. Se queda parada, pensativa. Mirando, acaso, como la luna flota temblorosa entre las oscuras sombras que cubren la gran mancha de agua. Después, al no encontrar el río, da media vuelta y regresa con su ropa sin lavar bajo el brazo.

También dicen que escucha, bajo el agua, los tristes aullidos de su viejo perro buscando la casa de sus dueños, o se pone guapa para ir a misa cuando oye los repiques de las campanas de su pueblo, saliendo del fondo del embalse.

En épocas en que las aguas descienden y el viejo puente medieval queda a la vista, camina hasta él por la enlodada carretera y, apoyada al pretil, permanece largo tiempo con la vista perdida, como tejiendo su valle en la memoria; como aprendiendo a mirar, como asomada a la nada.

Cuando aquel día quedó sola y las máquinas derribaron su casa, se trasladó a uno de los caseríos cercanos que se salvaron de la inundación en la cola del embalse. Pero ese no es su pueblo ni la casa donde ahora vive es su casa. Su pueblo y los escombros de la casa donde nació quedaron sumergidos bajo el agua y el olvido. Y no solo su casa, también su niñez, su primera escuela; la iglesia, el rincón de sus primeros besos y los huesos de sus antepasados se ahogan en el fondo. Hasta el río donde de niña iba, con su abuela, a lavar la ropa quedó sumergido y silenciado bajo ese embalse que, de puro grande, huele a mar.

Dicen que esa mujer es muy terca, que no entra en razón. Que nunca entendió que se cubicaran paisajes y memorias; que la belleza generara mega-watios. Que para iluminar las grandes avenidas se apagaran las luces de los pueblos...

Alguien puede leer en la actitud de esa mujer claros rasgos de locura. Otros pensarán que la soledad y la pena por los pasares de la vida pueden llevar a estas cosas. Pero uno piensa que cuando esa mujer sale con su ropa en busca del río donde lavaba, es un impulso extraño el que la empuja hacia un ayer arrebatado por la fuerza, porque cuando a alguien le anegan los ayeres, la memoria intenta recuperarlos. Sacarlos a flote.

Acaso esa mujer remueva demasiado esos ayerés, pero cuando los recuerdos pesan más que los sueños, no es fácil que el tiempo, que nunca descansa, los borre de la memoria ni se lleve la imagen de aquel día de julio, cuando la sacaron a empujones de su casa.

En las anchas noches de invierno se sienta en el escaño, frente a la ahumada chimenea, y se queda mirando el crepitar de las últimas llamas pensando, tal vez, que los recuerdos, como el fuego, no se extinguen hasta que se apaga el último rescoldo y solo quedan ya cenizas frías.

Extiende sobre el regazo algunas fotos que guarda en una vieja caja de puros y las va pasando de mano mientras las observa frente al fuego. Algunas las recuerda con clara precisión mientras otras parecen flotar en una nube de recuerdos fragmentados que se van desvaneciendo con el paso del tiempo. Busca en ellas su calle, las calles de su juventud, caras amigas que no volvió a ver desde la diáspora de los pueblos. Se detiene en una, en blanco y negro, en la que ella misma aparece apoyada en el borde de la fuente junto a varias compañeras de escuela. Al fondo se ve la iglesia y tres hombres conversando, seguro que del futuro del valle.

Al situar esa foto en el tiempo, su memoria se adentra en aquella España que intentaba salir de un tiempo en que la penuria se sentaba a la mesa y andaba a sus anchas por los hogares de un país de gloriosas hazañas y flacas despensas.

Recuerda con claridad el momento de la foto, a la salida de la escuela. Rememora aquel día porque fue la primera vez que oyó hablar del pantano.

La maestra les habló aquella tarde de la riqueza hidráulica de la comarca y de su gran futuro si el proyecto, del que toda la gente hablaba, llegaba a ser realidad algún día.

“La gente de nuestro valle deberá sentirse orgullosa por haber sido elegida para contribuir, con el sacrificio de sus pueblos, al engrandecimiento de la patria. El embalse será riqueza que nuestro solidario valle aportará a la nación para su desarrollo, y vosotras y vuestras familias, podréis emprender una nueva vida en algún lugar lejano. Una vida mejor.” Eso dijo.

Y ¿qué es una vida mejor? Se preguntó ella, y ¿dónde estará ese lugar lejano?

Pasaron los años. El tiempo siguió trenzando sus días y sus noches y los pueblos su vida y su muerte. La amenaza nunca dejó de flotar sobre el valle. Siguieron naciendo y muriendo años y gentes, y llegó el momento:

Ocuparon los pueblos, desalojaron y derribaron sus casas. Cubrieron con pesadas losas de hormigón los cementerios temiendo, acaso, que los huesos de los muertos salieran un día a flote clamando justicia. Los pueblos quedaron borrados para siempre de su espacio inmemorial y cerrado el libro de su historia.

Pero la noche avanza y el fuego poco a poco se va amortiguando mientras esa mujer se adormece y se le desprenden de las manos las últimas fotos recordando aquellos días en los que el agua fue cubriendo los valles hasta la línea de flotación de la memoria. Esa mujer habla poco, y dicen que lleva siempre en el bolsillo la llave de aquella casa, de aquella puerta que quedó de par en par un mediodía de julio. Algunos dicen que esa mujer está loca. Puede que tengan razón.